

# EL PETROLEO Y LA SOMBRA DE LA GUERRA

EDUARDO HARO TECGLÉN

**C**UANDO los países productores de petróleo, reunidos en Caracas la semana pasada, explican que su petróleo está siendo gravado con una fiscalidad enorme en todos los países consumidores, y produciendo beneficios enormes a las grandes compañías exteriores con respecto a ellos, están formulando una verdad muy poco discutible. En la mayor parte de los países de Occidente se aumenta, con los precios de origen, los porcentajes de beneficios y los de la fiscalidad. Cuando aducen que la inflación repercute sobre ellos, que la moneda que reciben a cambio de su petróleo está continuamente devaluada y que el aumento responde, como en cualquier situación de mercado, a la necesidad de recuperar lo que pierden con la deterioración de la moneda que reciben y por el alza continua de aquello que compran con ese dinero, también están formulando una verdad. Es probablemente cierto que hasta ahora la energía adquirida estaba siendo barata con respecto a los beneficios producidos para el comprador o, dicho de otra forma, que la prosperidad del amplio conjunto de países que llamamos Occidente estaba basada en la explotación directa de los países productores y que el bienestar medio del ciudadano occidental estaba conseguido a base de la miseria media del ciudadano del país productor de petróleo; y, de una manera más amplia, de toda la extensa zona de países productores de materias primas consumidas, y aun despilfarradas, en Occidente. Dicho de otra forma, era una situación colonial.

Puede convenirse en que en los últimos años, posteriores a la segunda guerra mundial, la situación colonial había variado considerablemente en su estructura, en su organización y en la forma en que se recibía; pero hay que convenir, también, que llegando al fondo humano de la cuestión, había variado muy poco, o nada, en la explotación directa. Y sigue sin variar, aun a pesar de los nuevos precios de la energía y de otras materias pri-

mas. Los imperios perdieron su nombre y sufrieron cambios geográficos de traslación. Los beneficios de la colonización para quienes la ejercían se extendieron. Lo que había empezado siendo una industria privada —las "compañías de carta", que tenían derechos de explotación de grandes territorios— pasó a ser después una explotación de Estado, hecha por virreyes o gobernadores generales, pero que seguía favoreciendo a una clase social determinada. Los pueblos europeos —Europa era la sede única de los imperios— sufragan los gastos: suministraban los soldados y pagaban los impuestos con los que se mantenían las estructuras de colonización, a través de los presupuestos del Estado. La posible participación en los beneficios se relegaba a la aventura y al riesgo: a los colonos de rifle y pistola al cinto, a los capataces. La aventura era una promesa de riqueza que a veces se cumplía, pero que la mayor parte de las veces suponía la muerte, la ruina, la enfermedad o la repatriación. Las revoluciones sociales europeas cambiaron algo el panorama al producir un mayor reparto de la riqueza. El neocolonialismo de posguerra, llamado independencia, y el cambio de la metrópoli en beneficio de los Estados Unidos alteró todo: la ancha explotación del Tercer Mundo comenzó a reflejarse en los "milagros económicos" en la "era del bienestar": si las clases sociales dominantes seguían llevándose la parte del león en los grandes beneficios, el ciudadano de la breve zona rica del mundo se sentía rápidamente ascendido de clase social. Sin siquiera tener la mala conciencia de explotador, puesto que la mala conciencia quedaba cubierta por las "independencias"; y si los países independientes marchaban mal, a fuerza de golpes de Estado, represiones, regímenes tiránicos, revueltas aplastadas, o personajes anecdóticos y episódicos del tipo de Dadá o de Macías, por no enumerar más que un par de ellos, el ciudadano volvía a una mentalidad colonialista que antes había criticado:

son países "de negros" o "de indios", no estaban maduros, no saben lo que quieren, no han sido suficientemente civilizados...

Con un cierto pesimismo acerca de la mentalidad liberal y de la izquierda, podemos ver que los grandes sobresaltos y las "tomas de conciencia" se han producido en momentos en que se regresaba o se mantenía el viejo colonialismo. El enorme movimiento francés contra la guerra de Argelia estaba en relación directa con los riesgos de los soldados franceses en la guerra y con los gastos de un presupuesto de guerra elevadísimo; situación parecida a la de Angola y Portugal. Cuan-

do, ya repartido el sistema del neocolonialismo, o de la explotación invisible —repetamos, no para el explotado, sino para la conciencia del explotador— sufrió un salto atrás en los Estados Unidos, con la guerra de Vietnam, que se convirtió en enormemente peligrosa para los jóvenes soldados y en cara para el contribuyente, apareció también la "toma de conciencia" de la "nueva izquierda" de los Estados Unidos. Cuando las situaciones agudas acabaron, acabó también la conciencia. Se neutralizó. El mundo de Occidente comenzaba a instalarse en un nuevo bienestar y no veía de



El ritmo de las soluciones alternativas al petróleo, además de tener una oposición popular considerable en el caso de las nucleares, es mucho más lento y dudoso que la velocidad con que aumenta la escasez.



La autodefensa del Tercer Mundo, concretada en la disminución y la carestía de la producción del petróleo, no ofrece los suficientes datos como para poder establecer sobre ella una conciencia de izquierdas. Refinería de petróleo en Abadan (Irán).

una manera muy amplia, los países productores obedecen a un esquema de autoexplotación: las riquezas van a parar a clases privilegiadas en esos países, no alcanzan a sus pueblos. Como queda reiterado, la miseria del Tercer Mundo no se mejora con esta nueva situación. Cuando aparece una revolución popular, como la del Irán, no lo hace con ningún rasgo atractivo, sino más bien repulsivo para la mentalidad del ciudadano de Occidente, que, lógicamente, tiende a equiparar su idea de la revolución libertadora con la que pueda emitir cualquier otro país. No acepta la dictadura teológica, porque lleva siglos luchando para abolir, dentro de su propio sistema, cualquier otra dictadura teológica que aquí ha servido siempre para intereses de clase que no son los suyos; no acepta las ejecuciones sumarias ni las cárceles sin juicio, porque su defensa propia, dentro de su sistema una vez más, ha consistido en conseguir unas condiciones regulares de justicia y unos derechos del hombre que son, primordialmente —fuera de cualquier utilización a lo Carter— una larga reivindicación de los humildes; no acepta las discriminaciones de minorías étnicas, porque su lucha está también entablada en el reconocimiento de las autonomías y de los derechos minoritarios. Al no funcionar todos esos resortes, que los grandes medios de propaganda ennegrecen aún más, sobreviven en el ciudadano de Occidente dos miedos inmediatos: el de la recaída en la pobreza, por la vía de la carestía, y el de la guerra posible, que tendría que pagar una vez más. Y que ahora tiene la amenaza de una muerte masiva.

La cadena de reacciones que se están efectuando es muy importante. Por una parte, el mundo de Occidente, y especialmente Europa, comienza a recuperar de nuevo el sentido de lucha de clases, de bipolarización. Se están recrudesciendo las luchas sociales —la huelga, la manifestación; incluso con muertes, como ya pasa en España— que se van radicalizando, porque las clases en situación difícil reclaman, sobre todo, el reparto de la nueva pobreza. Y

dónde procedía. Los partidos políticos de la izquierda transformaron también sus conciencias en este sentido, o las acallaron; el tema se quedó para uso de intelectuales, que a su vez eran tachados de "tercermundistas" como con desdoro y desdén.

Hemos pasado ahora de la neutralización del anticolonialismo a una actitud que es otra vez militante: la de la condena. El ciudadano que se siente agredido en un nivel de vida por lo menos estable, reacciona contra los árabes en particular, contra los países productores en general. Cierro que se le suministran datos muy importantes en qué apoyarse, y puede maldecir del desarrollo de la revolución en el Viet-

nam, de la tragedia de Camboya; incluso con más fervor, porque no hace muchos años que él mismo participaba en la defensa del pueblo agredido, y ahora cree entender que aquello a lo que contribuyó se ha frustrado. Y que los datos de la nueva dictadura de Jomeini en el Irán son descorazonadores; se ejerce con brutalidad. Si a esto se añaden dos datos internacionales de primera categoría, el cuadro se completa. Uno es el desprestigio de la Unión Soviética y su revolución: elaborado pacientemente por la derecha durante medio siglo, al fin ha sido la izquierda la que ha rematado este edificio del aislamiento; al que la propia Unión Soviética ha contribuido notablemente

con una esclerosis total de su sentido revolucionario: ha dejado de suponer una atracción, para los desheredados de Occidente. El otro dato es el de China, que un día quiso tomar el relevo de la URSS en la defensa del Tercer Mundo, que llegó incluso al intento de formar la "ONU de los pobres", y que hoy está muy generalmente en el lado del neocolonialismo.

Se puede añadir que la autodefensa del Tercer Mundo, concretada en la disminución y la carestía de la producción de petróleo, no ofrece por ahora los suficientes datos como para poder establecer sobre ella una conciencia de izquierdas, una conciencia de credibilidad. De

## EL PETROLEO

se están fortaleciendo, al mismo tiempo, los regímenes conservadores por la vía electoral. En todo ello, los partidos de izquierda parecen haber perdido su identidad, mientras los de la derecha se reagrupan con un sentido de defensa propia. Los terrorismos de signos opuestos son una muestra de la bipolarización del enfrentamiento.

Por otra parte, se reanuda el sentido criptocolonialista. Probablemente, una gran parte de los votos que van a la derecha, y que tienen un sentido de reagrupación de clases medias que se sienten amenazadas, pero no sólo por la reaparición de un proletariado, sino también por la amenaza creciente del Tercer Mundo, al que sienten culpable de la pérdida de su bienestar. Tienen la idea de que los Gobiernos de derechas, sobre todo con la coartada de llamarse centros, tienen más capacidad de defensa frente a la amenaza del Tercer Mundo que los de izquierdas. Lo cual no siempre ha sido así: algunos Gobiernos socialistas franceses han sido más colonialistas en el tiempo de la guerra de Argelia que los de la derecha. En todo esto hay también un sentimiento difuso de anticomunismo y de antisovietismo, que se está fortaleciendo desde los grandes centros de difusión de propaganda y de decisiones activas.

Todo ello dibuja, en principio, las posibilidades de una guerra. No todo es tan fácil para los países productores de petróleo, y parte de sentimientos de miedo y de inquietud predominaron también en la conferencia de Caracas. Los países llamados "moderados" tienen, en gran parte, miedo a una revolución interior del tipo iraní, y saben que el encubrimiento religioso no es más que una parte de la situación de injusticia en que mantienen a sus pueblos. Prefieren mantenerse bajo una cierta protección americana, pero hasta cierto punto; hasta el punto de no provocar demasiado a sus vecinos. Otros sienten que podría ocurrir que, en un estado de desesperación determinada y de alza de precios que llegara a un techo, a un límite, Occidente podría llegar al desencadenamiento de una guerra de carácter neocolonial. Parece que esta guerra, hoy, es imposible: de tener alguna posibilidad, los Estados Unidos la habrían llevado ya a cabo con el Irán, fren-

te al que tenían "casus belli" suficientes. La imposibilidad consiste en la duda respecto a la posición soviética, pero sobre todo al riesgo de engolfarse en una situación peor aún que la de Vietnam, puesto que el mundo afectado es mucho más amplio. Existe, mientras, la posibilidad de una contemporización. El envío del Sha a un fortín de Panamá, fuera del territorio —teóricamente— de los Estados Unidos es una prueba de ese ensayo; la mediación de fuerzas tenidas como revolucionarias —Yaser Arafat, Fidel Castro— indica también que la parte del Tercer Mundo no considera remunerativa una guerra: podría no ser resolutoria.

Sin embargo, la presión de la situación no cede. El ritmo de las soluciones alternativas al petróleo, además de tener una oposición popular considerable en el caso de las centrales nucleares, es mucho más lento y más dudo-

so que la velocidad con que aumenta la escasez y la carestía de la energía. La posibilidad del reparto de la escasez es muy difícil. Las medidas restrictivas por la vía del alza de precios están ahondando en la división de clases, sobre todo en lo inmediatamente visible, que es el automóvil: el acomodado resiste mejor que el que no lo es cualquier alza directa de precios. Un racionamiento de gasolina repercutiría inmediatamente en toda la industria del automóvil y en las auxiliares, con un riesgo de paro obrero inmediato. El paro se está fomentando con la escasez de la energía. Probablemente la civilización actual es tan absurda, como denuncian los ecologistas y quienes no lo son; pero parece irreversible, por lo menos voluntariamente. Está absolutamente construida sobre la energía. Las solicitudes de los Gobiernos en petición de ahorros voluntarios

no tienen eco. No lo tienen, porque difícilmente lo pueden tener: para la inmensa mayoría de los ciudadanos, la restricción voluntaria en el consumo de energía significa la restricción automática en sus actividades económicas (los gastos que se dedican al ocio son menores); pero, a su vez, si se suprimen, se desmoronaría una industria del ocio que en muchos países, y muy especialmente en España, que se basa todavía en el turismo, tienen un carácter social extraordinario.

El camino del regreso parece imposible, y no hay ni siquiera mentalización para él; el camino del progreso aparece bloqueado. Naturalmente, todo esto no tiene la menor importancia, ni puede tenerlo, ni nadie en su sano juicio puede pedir que lo tenga, para las poblaciones de los países productores de energía y otras materias primas, que viven ya en la miseria, que viven ya en la guerra. No pueden consentir a sus Gobiernos que cedan en su presión. Y arriesgarse a una agresión violenta tiene para ellos otro sentido: el riesgo va siendo una posibilidad de liberación, la resignación es una forma de muerte lenta y la seguridad de que la miseria se va a acentuar. Se trata de una situación límite.

De todo este complejo de situaciones son conscientes los países de la OPEP. Y los países del Tercer Mundo, en general. Sin embargo, no pueden evitar el desplome de los acontecimientos.

Estos acontecimientos resultan, ahora, imprevisibles. La iniciación de la década de los ochenta se hace con toda clase de augurios pesimistas. Estos augurios van desde la posibilidad de una guerra total y general, que los "duros" ven, como siempre, como "resolutoria" —ninguna guerra lo ha sido: ha aplazado los problemas para la generación siguiente, e incluso para la misma que hizo la guerra—, hasta los que creen que simplemente será un período oscuro y difícil, repleto de enfrentamientos sociales agudos y, desde luego, de terrorismo de todas clases. Lo que se considera un salto atrás, desde un punto de vista occidental; aunque desde los países del Tercer Mundo se pueda ver como la posibilidad de un salto adelante. Porque las nociones de civilización, de progreso, de bienestar, no son las mismas para todos, desgraciadamente. ■



Cuando aparece una revolución popular, como la del Irán, lo hace con rasgos repulsivos para la mentalidad del ciudadano de Occidente, incapaz de aceptar una dictadura teológica.